

Una historia, dos relatos

Los dos textos que siguen narran la misma historia, el asesinato de Agamenón, comandante de la armada griega que asedió y destruyó la ciudad de Troya. Tras su lectura atenta, señalar similitudes y diferencias entre ambos.

Odisea, Canto XI “El descenso a los infiernos”

«Poderoso Alcínoo, señalado entre todo tu pueblo, hay un tiempo para los largos relatos y un tiempo también para el sueño. Si aún quieres escuchar, no sería yo quien se negara a narrarte otros dolores todavía más luctuosos: las desgracias de mis compañeros, quienes perecieron después; habían escapado a la cruenta guerra de los troyanos, pero sucumbieron en el regreso por causa de una mala mujer.

«Después que la casta Perséfone había dispersado aquí y allá las almas de las mujeres, llegó apesadumbrada el alma del Atrida Agamenón y a su alrededor se congregaron otras, que junto con él habían perecido y recibido su destino en casa de Egisto. Me reconoció enseguida, después que hubo bebido la negra sangre, y lloraba agudamente dejando caer gruesas lágrimas. Y extendía hacía mí sus brazos, deseoso de tocarme, pero ya no tenía una fuerza firme, ni en absoluto la fuerza que antes había en sus ágiles miembros. Al verlo lloré y lo compadecí en mi ánimo y, dirigiéndome a él, le dije aladas palabras:

«"Noble Atrida, soberano de tu pueblo, Agamenón, ¿qué espíritu de la triste muerte te ha sojuzgado? ¿Es que te sometió en las naves Poseidón levantando inmenso soplo de crueles vientos? ¿O te hirieron en tierra hombres enemigos por robar bueyes y hermosos rebaños de ovejas o por luchar por tu ciudad y tus mujeres?"

«Así dije, y él, respondiéndome, habló enseguida:

«"Hijo de Laertes, de linaje divino, Odiseo rico en ardidés, no me ha sometido Poseidón en las naves levantando inmenso soplo de crueles vientos ni me hirieron en tierra hombres enemigos, sino que Egisto urdió mi muerte y mi destino, y me asesinó en compañía de mi funesta esposa, invitándome a entrar en casa, recibíndome al banquete, como el que mata a un novillo junto al pesebre. Así perecí con la muerte más miserable, y en torno mío eran asesinados cruelmente otros compañeros, como los jabalíes que son sacrificados en las nupcias de un poderoso o en un banquete o en un abundante festín. Tú has intervenido en la matanza de muchos hombres muertos en combate individual o

en la poderosa batalla, pero te habrías compadecido mucho más si hubieras visto cómo estábamos tirados en torno a la crátera y las mesas repletas en nuestro palacio, y todo el pavimento humeaba con la sangre. También pude oír la voz desgraciada de la hija de Príamo, de Casandra, a la que estaba matando la tramposa Clitemnestra a mi lado. Yo elevaba mis manos y las batía sobre el suelo, muriendo con la espada clavada, y ella, la de cara de perra, se apartó de mí y no esperó siquiera, aunque ya bajaba al Hades, a cerrarme los ojos ni juntar mis labios con sus manos. Que no hay nada más terrible ni que se parezca más a un perro que una mujer que haya puesto tal crimen en su mente, como ella concibió el asesinato para su inocente marido. ¡Y yo que creía que iba a ser bien recibido por mis hijos y esclavos al llegar a casa! Pero ella, al concebir tamaña maldad, se bañó en la infamia y la ha derramado sobre todas las hembras venideras, incluso sobre las que sean de buen obrar."

«Así habló, y yo me dirigí a él contestándole:

«"¡Ay, ay, mucho odia Zeus, el que ve a lo ancho, a la raza de Atreo por causa de las decisiones de sus mujeres, desde el principio! Por causa de Helena perecimos muchos, y a ti, Clitemnestra te ha preparado una trampa mientras estabas lejos."

«Así dije, y él, respondiéndome, se dirigió a mí:

«"Por eso ya nunca seas ingenuo con una mujer, ni le reveles todas tus intenciones, las que tú te sepas bien, sino dile una cosa y que la otra permanezca oculta. Aunque tú no, Odiseo, tú no tendrás la perdición por causa de una mujer. Muy prudente es y concibe en su mente buenas decisiones la hija de Icaro, la prudente Penélope. Era una joven recién casada cuando la dejamos al marchar a la guerra y tenía en su seno un hijo inocente que debe sentarse ya entre los hombres. ¡Feliz él! Su padre lo verá al llegar y él abrazará a su padre -ésta es la costumbre-, pero mi esposa no me permitió siquiera saturar mis ojos con la vista de mi hijo, pues me mató antes. Te voy a decir otra cosa que has de poner en tu pecho: dirige la nave a tu tierra patria a ocultas y no abiertamente, pues ya no puede haber fe en las mujeres.

«"Pero vamos, dime –e infórmame con verdad– si has oído que aún vive mi hijo en Orcómenos o en la arenosa Pilos, o junto a Menelao en la ancha Esparta, pues seguro que todavía no está muerto sobre la tierra el divino Orestes."

Así dijo, y yo, respondiendo, me dirigí a él:

«"Atrida, ¿por qué me preguntas esto? Yo no sé si vive él o está muerto, y es cosa mala hablar inútilmente."

Homero, *Odisea*, canto XI

Agamenón y Clitemnestra

Clitemnestra tenía pocos motivos para amar a Agamenón, quien, después de dar muerte a su anterior marido, Tántalo, y al hijo recién nacido que estaba amamantando, se había casado con ella por la fuerza y luego se había marchado a una guerra que prometía no terminar nunca; también había autorizado el sacrificio de Ifigenia en Áulide y —lo que para ella era aún más difícil de soportar— se decía que llevaba de vuelta a la hija de Príamo, la profetisa Casandra, como su esposa en todo menos en el nombre. Es cierto que Casandra había dado a Agamenón dos hijos mellizos: Teledamo y Pélope, pero no parece que él tratara de afrentar a Clitemnestra. El informante de ésta era Éax, el hijo sobreviviente de Nauplio, quien, para vengar la muerte de su hermano, la instigaba maliciosamente para cometer el asesinato¹.

En consecuencia, Clitemnestra conspiró con Egisto para matar a Agamenón y Casandra. Pero temiendo que llegaran inesperadamente, escribió a Agamenón una carta pidiéndole que encendiera una señal luminosa en el monte Ida cuando cayese Troya; ella, por su parte, dispuso una cadena de hogueras que transmitirían la señal hasta la Argólida pasando por el cabo Hermeo en Leamos, y los montes de Athos, Macisto, Mesapio, Qterón, Egiplancto y Aracne. Apostó también un vigía en el techo del palacio de Micenas; era un fiel servidor de Agamenón que pasó un año entero agazapado como un perro, mirando hacia el monte Aracne y lleno de tristes presentimientos. Por fin, una noche oscura, el vigía vio el resplandor distante de la señal luminosa y corrió a despertar a Clitemnestra. Ella celebró la noticia con sacrificios de acción de gracias, aunque, en verdad, habría deseado que el sitio de Troya durara eternamente. Egisto apostó inmediatamente a uno de sus hombres en una atalaya cerca del mar y le prometió dos talentos de oro por la primera noticia del desembarco de Agamenón.

Hera había salvado a Agamenón de la violenta tormenta que destruyó muchas de las naves que regresaban a Grecia y arrastró a Menelao a Egipto; por fin un viento favorable lo llevó a Nauplia. Tan pronto como desembarcó se inclinó para besar la tierra, llorando de alegría. Entretanto el vigía corrió a Micenas para recibir su gratificación y Egisto eligió veinte de los guerreros más valientes, los apostó en una emboscada dentro

¹ Eurípides: Ifigenia en Áulide 1148 y ss.; Sófocles: Electra 531; Pausanias: iii.19.5 y ii.16.5; Higino: fábula 117.

del palacio, mandó preparar un gran banquete y luego, montando en su carro, fue a recibir a Agamenón².

Clitemnestra recibió a su marido cansado por el viaje simulando que se hallaba muy contenta, hizo tender para él una alfombra de púrpura y lo condujo a la casa de baños, donde las esclavas le habían preparado un baño caliente; pero Casandra se quedó fuera del palacio, sumida en un trance profético, y se negó a entrar gritando que olía sangre y que la maldición de Tiestes pendía sobre el comedor. Cuando Agamenón se lavó y hubo sacado un pie de la bañera, dispuesto a participar en el banquete ya servido en las mesas, Clitemnestra se le acercó como para envolverlo en una toalla, pero en lugar de eso le arrojó a la cabeza una red tejida por ella misma. Y así, enredado como un pez, Agamenón pereció a manos de Egisto, quien lo hirió dos veces con una espada de doble filo³. Cayó hacia atrás en el baño de paredes de plata, donde Clitemnestra vengó sus agravios cortándole la cabeza con un hacha⁴. Luego corrió afuera para matar a Casandra con la misma arma, sin molestarse en cerrar los ojos y la boca de su marido, pero se limpió en su cabello la sangre que la había salpicado, para dar a entender que él mismo había sido el causante de su muerte⁵.

Graves, Robert; *Los mitos griegos*,
"Biblioteca Personal Jorge Luis Borges",
Buenos Aires, Hispamérica, 1985.
(texto adaptado)

² Higino: loc. cit.; Esquilo: Agamenón i. y ss. y 282 y ss.; Eurípides: Electra 1076 y ss.; Homero: Odisea iv.524-37; Pausanias: ii.16.5

³ Esquilo: Agamenón 1220-1391 y ss. 1521 y ss.; y Euménides 631-5; Eurípides: Electra 157 y Orestes 26; Tzetzes: Sobre Licofrón 1375; Servio sobre la Eneida de Virgilio xi.267; Triclinio sobre Electra de Sófocles 195; Homero: Odisea iii.193 y ss. y 303-5; xi.529-37

⁴ Sófocles: Electra 99; Esquilo: Agamenón 1372 y ss. y 1535

⁵ Esquilo: loc. cit.; Sófocles: Electra 445-6